

„co Augusto : Quarto en Portugal , Felipe IV , Juan IV ,
 „ Alfonso VI , y Pedro II : Tres en España , Felipe IV , Car-
 „ los II , y Felipe V : Cinco en Inglaterra , Carlos I , Car-
 „ los II , Jacobo II , Guillelmo III , y Ana I , hoy reynante :
 „ Tres Emperadores , Ferdinando III , Leopoldo Ignacio , y
 „ Joseph I : nueve Papas , y mas de otros cien Principes ,
 „ yá de Italia , yá de Alemania. “

34 No sé lo que vivió Christiano IV. Luis XIV. mu-
 rió en los setenta y siete años de edad , espacio corto pa-
 ra sobrevivir à tanto cúmulo de Soberanos , si la mayor
 parte de estos no hubiesen vivido poco. Donde de paso
 advierto , porque tambien concierne à mi proposito , que
 en el dilatado curso de diez , y siete siglos , que media-
 ron entre el Emperador Octaviano Augusto (el qual mu-
 rió en los 75) , y el Rey Luis XIV , no me ocurre por
 ahora à la memoria Monarca alguno , que igualase , ò
 por lo menos excediese considerablemente la edad de qual-
 quiera de estos dos à excepcion del Gran Mogol Aureng-
 zeb , que murió en el año de 1707 cerca del centesimo
 de su edad , cuya prolongacion no debería à la Medicina
 porque ¿ qué tales Medicos habrá en aquella bárbara Re-
 gion ?

35 Puede ser , que sobre la reflexion , que acabo de ex-
 poner en orden à la limitada duracion de la vida de los Prin-
 cipes , me hagan algunos la objecion , que vertiendola yo
 (digo la reflexion) algun dia por via de conversacion entre
 mis Compañeros de Religion , y de Escuela , uno de ellos ,
 muy capáz , y despierto , me opuso , diciendo , que el no
 vivir los Principes , no obstante el mayor auxilio de la
 Medicina , mas que los particulares , podia provenir de
 que aquellos verisimilmente abusan de la libertad , que les
 dá la soberanía de su poder , para arrojar se à excesos en
 comida , y bebida , que no son tan fáciles à los particulares.
 A lo que yo le respondí , ò repliqué con la verosimilitud
 opuesta , de que antes bien los Principes , por lo comun ,
 comeren menos desórdenes en comida , y bebida , que los
 particulares.

La

36 La razon se toma de la vigilancia , no solo oportuna ,
 mas aun importuna , con que el cuidado de reprimir sus
 golosinas , se aplican , como interesados en su conservacion ,
 los muchos , que los circundan , y as'ten : la esposa , y hi-
 jos , si los tiene : el Medico presente à la mesa , y con-
 tando los bocados : todos los domesticos de escalera arriba :
 los Señores , y Ministros , que son admitidos à la conversa-
 cion , que no pierden coyuntura , que se ofrezca , de ma-
 nifestar con estudiados apotegmas de parsimonia , y sobrie-
 dad su zelo por la salud de su Señor , &c. Oí decir , que
 à nuestro buen Rey Felipe V , como violentamente le ar-
 rebataron algunas veces el plato de la mesa : llaneza , à
 que apenas hay quien se atreva con un Caballero particu-
 lar. Y à la verdad , rarissimo será el Principe de corazon
 tan duro , que no ceda à las repetidas representaciones , y
 ruegos de los muchos , que sobre este asunto amorosa-
 mente le combaten , y de cuyo afecto , y lealtad está sa-
 tisfecho.

37 Para los que no quieran dexarse convencer de es-
 ta razon , trasladaré el argumento à sugetos , à quienes es
 inadaptable la solucion fundada en la ilimitada libertad
 de los Soberanos , quiero decir à los hijos de estos , ò
 otros jóvenes , cuyo alto nacimiento acerca de la domina-
 cion , y que dexaron de lograr por su anticipado falleci-
 miento.

38 Estos ilustres , ò jóvenes , ò niños , son educados
 con una atencion la mas escrupulosa à resguardarlos , no
 solo de qualquiera desorden en comida , y bebida , mas
 tambien de toda intemperie de la Atmosphaera , generalmen-
 te de quanto se considera puede ofender su salud , proce-
 diendo en todo , hasta la ultima menudencia , con consulta
 del Medico ; el qual es uno de los mismos , que as'ten à
 sus padres , ò igual en reputacion à qualquiera de ellos.
 ¿ Y qué se adelanta con esto ? ¿ Qué vivan mas que los hi-
 jos de qualquiera medianos Hidalgos ? En ninguna mane-
 ra. Leanse las Historias de qualquiera Reyno , y en ellas
 la série de las generaciones de la casa dominante , ò en lu-

lugar de otros libros lease el gran Dictionario de Moreri. Lo que comunmente se hallará es, que por dos, ò tres, que sobrevivieron à sus padres, quatro, ò cinco murieron antes que ellos.

39 En el Autor citado arriba (Amelot de la Housaie) veo un exemplo tan señalado à este proposito, que me parece dignisimo de no omitirle aquí. Este Autor, digo, en el primer Tomo de sus Memorias, pag. 524, hace la cuenta, de que desde la muerte del Rey Don Manuel de Portugal, hasta la sucesion de nuestro Felipe II, nieto materno suyo; en aquella Corona murieron no menos, que veinte y dos herederos de ella, de que hace un catálogo individual insinuando juntamente, que qualquiera de ellos, que se hubiera conservado hasta el tiempo de la introduccion del Rey Castellano en Portugal, hubiera sido preferido à este. Debe suponerse, que unos Señores de tal estatura serian socorridos, yá para la curacion de sus enfermedades, yá para la precautoria evitacion de ellas, de Medicos muy acreditados. ¿Y qué resultó? Que succesivamente (permitaseme esta expresion vulgar) fueron cayendo unos en pos de otros, como moscas, de la misma manera que los mas misera bles, y desasistidos de qualquiera Pueblo.

§. VI.

40 **P**OR lo dicho hasta aquí me imputarán acaso algunos el dictamen, de que la Medicina tomada en general, enteramente es inutil al genero humano. Pero esta deduccion no sería justa, como manifestaré, proponiendo, y probando ciertas conclusiones pertenecientes al assumpto.

41 Digo, pues, lo primero, que la Medicina, como hoy la exercen los Profesores hábiles, lexos de ser nociva, es bastante util. Tiene esta conclusion dos limitaciones, que deben ser atendidas. La primera en orden al tiempo presente: la segunda en orden à los Profesores hábiles. Y limitada de este modo la asercion, infiero su verdad de tres capitulos.

El

42 El primero es, que hoy los Medicos medianamente hábiles (que no es menester para lo que voy à decir, que lo sean supremamente) reflexan mas, y recetan menos. Apenas sin lastimar el corazon se puede traer à la memoria el estrago, que en los tiempos pasados hacía la multitud de remedios, ò llamados tales. Hoy son muchos los Medicos desengañados en esta materia, y muchos mas los enfermos. Si los avisos, que yo en orden à ella (la multitud de remedios) he dado en algunas partes de mis Escritos, ha contribuido, como muchos creen, à este desengaño, justamente tendré la satisfaccion de haber hecho un gran servicio al Público.

43 En la destemplanza de algunos Medicos en recetar tienen gran parte de la culpa algunos Boticarios, que por dos caminos procuran interesar à los Medicos en ese exceso: ya porque acreditan, quanto pueden, en los Pueblos de buenos Medicos à los Zotes, que hacen mucho gasto en sus oficinas: ya porque suelen regalarlos muy bien con ese motivo. Dígolo, porque lo sé, y porque importa, que llegue à noticia de todo el mundo esta verdad.

44 Ni será ocioso advertir aquí otra colusion industriosa, igualmente que perniciosa, de tal qual Medico con este ò aquel Boticario. Da à entender como mysteriosamente el Medico, que posee un secreto admirable para la curacion de alguna enfermedad, y dirige siempre la receta de su secreto à aquel determinado Boticario, à quien dice le comunicó para su manipulacion, escribiendo, v. gr. *R. Pillularum nostrarum*, &c. ò *R. Pulveris nostri antifebrilis*: ò *R. Aquæ nostræ anti epilepticæ*, y la droga se vende muy cara con el título de preciosa, no siendo mas, que una cosa vilisima, que no vale quatro maravedis, ni aun un maravedí, porque de nada sirve. Conjuro à todo el mundo, para que nadie se dexé engañar con esta maula. No niego la realidad de uno, ò otro secreto raro. Pero à vuelta de uno, ò otro verdadero, se ha hecho ilusion à los crédulos con cien secretos fabulosos.

45 El segundo capítulo es, que la dicta, que hoy
Tom. V. de Cartas. Z pres-

prescriben los Medicos advertidos, es mucho mas racional. Ya se consulta hoy, mas que en los tiempos anteriores, para ella, el apetito vivo del enfermo, siguiendo las advertencias de los ilustres Sydenhan, y Vans-wieten, que yo publiqué en otra parte. Sobre todo, lo que en la dieta se ha variado, en orden à la bebida, es de suma importancia. Aún hay, à la verdad, algunos Profesores bárbaros, que abrasan à los febricitantes, concediendoles con excesiva parsimonia el refrigerio del agua, lo que concurriendo con lo mucho que la fiebre disipa de la humedad del cuerpo, y lo muchísimo, que de ella derraman las purgas, y las sangrías, vienen à quedar enteramente exàngües, y por exàngües mueren algunos enfermos. Leí, que al Infante Cardenal Ferdinando, hijo de Felipe III, que murió en Flandes, haciendo la diseccion del cuerpo, para embalsamarle, hallaron las venas, y arterias sin gota de sangre. ¿Y por qué, sino por las causas, que acabo de expresar? (Esta noticia histórica ya la dí en otra Carta, pero puede servir de algo repetida en esta.) En aquel tiempo eran infinitos los Medicos bárbaros, en orden à este particular. Aún hay ahora algunos, pero pienso, que no muchos.

46 El tercero es, que hoy se conocen algunos específicos, totalmente ignorados de los antiguos. Quando no se hubieran descubierto otros mas que la Quina, y el Mercurio, ¡quánto bien tenemos en ellos, de que carecieron nuestros mayores!

47 Segunda Conclusion. Aun quando no sea mucha la utilidad, que hoy recibimos de la Medicina, conviene favorecer su estudio, y exercicio; porque se puede esperar, que esa utilidad en adelante sea mucho mayor. Dame ocasion, y motivo para dicha esperanza la especie, que acabo de tocar de los específicos. Descubriéronse en los dos, ò tres últimos siglos, demàs de otros algunos, no tan ciertos, los dos utilísimos de la Quina, y el Mercurio, que estuvieron escondidos à los hombres en tantos siglos anteriores, y no porque no fuesen necesarios, por

lo

lo menos el primero; pues siempre hubo fiebres intermitentes en el mundo. Aun del segundo no faltan quienes sospechen lo mismo, imaginando la enfermedad, à que sirve este remedio, muy antigua, aunque poco, ò nada descubierta. Y aun algun grave Expositor se inclina mucho à que esa fue la que padeció el Santo Job, no contrahida por vicio personal, muy ageno de la virtud de aquel Justo, sino comunicada, por herencia. ¿Quién quita, pues, que en lo venidero, multiplicándose las observaciones, se nos manifiesten otros específicos para diversas enfermedades?

48 Lo que digo de los específicos, se puede estender à qualesquiera nuevas luces, que ocultas hasta ahora, acaso el tiempo subsiguiente descubrirá en la Medicina. Lo que poco há sucedió con las utilísimas observaciones de nuestro Solano de Luque, en orden al pulso, ignoradas por todos los Medicos anteriores, podrá suceder con otras, no menos importantes en las edades venideras.

49 Tercera Conclusion. Por mas insuficiente, que se suponga la Medicina para curar los enfermos, siempre es una Facultad digna de la mayor estimacion, y sus hábiles Profesores merecedores de qualquiera honra. La prueba, que voy à proponer para dicha conclusion, es la mas decisiva del mundo. ¿En qué la fundo, pues? En que, aunque la Medicina no cure al hombre sus males, puede grangearle, y grangea efectivamente muchas veces el mayor de todos los bienes. Esto es, en muchas ocasiones, en que no puede conservar la vida temporal, es sumamente conducente para que logre la eterna.

50 El caso no es metaphysico, antes bastantemente frecuente. Hállase un enfermo, aunque amenazado de la muerte, totalmente ignorante de su peligro. Viene el Medico, y conociéndolo, se lo advierte, en cuya consecuencia le excita à la sollicitacion de los soberanos Sacramentos, en que él estaba tan lexos de pensar, como cerca de morir sin ellos, si no le librase de tan fatal situacion el aviso del Medico. ¿Quién no ve, que en tales casos el Medico lleva

Z 2

co-

como de la mano el enfermo para el Cielo, desviándole del camino del abysmo?

51 En que es justo contemplar la benigna providencia del Altísimo, que por sernos infinitamente mas importante la vida eterna, que la temporal, dispuso las cosas de modo, que siendo corto el auxilio, que nos puede prestar la Medicina para la conservacion de la segunda, es mucho lo que nos puede servir para el logro de la primera. En efecto, ò porque el Criador dispuso nuestra constitucion corporea de modo, que naturalmente presente mas seguras señas de la gravedad, y peligro mayor, ò menor de nuestros males, que de los medios conducentes à su curacion; ò porque graciosamente quiso dar al hombre mas luces para el conocimiento de lo primero, que de lo segundo, es indubitable, que los Medicos alcanzan muchísimo mas en aquella parte, que en esta. Así freqüentísimamente sucede, que el Médico mas docto està dudoso, y perplexo sobre lo que debe executar en una enfermedad grave; y de ahí viene la comunísima oposicion de dictámenes de unos con otros; pero en orden à la graduacion del peligro los Doctos casi siempre están conformes.

52 Tan cierto es esto, que en los males gravísimos, no solo los Doctos, los Medicos medianísimos saben lo bastante para pronosticar su desgraciado éxito. Y aun en caso que duden, esto mismo basta para el bien del enfermo; porque la duda por sí sola los pone en la obligacion de avisarle de su peligro.

53 De aquí infiero legitimamente, que un Médico estudioso, prudente, sagaz, y agudo, es, despues de un Predicador sabio, y santo, la mas preciosa alhaja, que puede tener una República. Y la que no puede adquirir uno de los primeros, conténtese con uno de los segundos, que para el fin à que Dios nos ha ordenado, aun este puede servir muy bien, y por consiguiente es merecedor de bastante estimacion. Lo que digo de un Médico bueno, justísimamente se debe entender (que Médico es tambien con toda propiedad) de un buen Cirujano. Me duelo, y he do-

dolido siempre, de lo poco que es atendida esta Arte en España; quando en la vecina Francia se cultiva felicísimamente, y de donde se podrian traer bastantes Artifices, que acá la exerciesen, y enseñasen; y quando se pierden razonables salarios en algunos Medicos, que solo tienen el nombre de tales (cuenta. No se me amplifique la proposicion, que algunos digo, y no mas.) ¡Qué lastima es ver en nuestra Península dilatados territorios, donde no hay quien sepa curar una dislocacion, ò una fractura!

§. VII.

54 **C**oncluyo la Carta, respondiéndole à la segunda duda, que Vmd. me propone, preguntandome, qué sienta de la virtud curativa de la Agua elemental. Supongo, que ocasionó en Vmd. esa duda la variedad, con que oyó hablar del Doct. D. Vicente Perez, llamado vulgarmente *el Médico del Agua*. Yo tambien oí hablar mucho de ese Médico; pero elogiándole por la mayor parte, y concurriendo à los elogios algunos pocos de la Profesion, aunque improbando su methodo los mas: lo que yo, en quanto à la segunda parte, no estrañé, porque siempre sucedió así. Esto es, siempre que algun Profesor introduce alguna novedad en la Medicina, todos los demás, aunque por lo comun mutuamente discordes en qualquiera cura particular (*nullo idem censente*, dice Plinio, hablando de esta discordia de los Medicos), conspiran contra él, tratándole de sedicioso, rebelde, y perturbador del sagrado imperio Hyppocrático, ò Galénico.

55 Ciertamente no es el Doctor Perez el inventor de este methodo. Muchos le precedieron, que practicaron el mismo, de algunos de los quales se publicaron felicísimas curas. Sobre cuyo assunto dí bastantes noticias en el Tomo VIII. del Theatro Critico, *disc. X, paradoxa XVIII*, y en el Tomo IV. de Cartas, *Carta IX, num. 31*, y los tres siguientes.

56 Atento à lo que escribí en los dos lugares citados, y à la insigne virtud diluyente, que tiene el agua, juzgo

probabilísimo; que ésta, bebida en mucha copia, puede ser instrumento para grandes curas en muchas ocasiones; pero con dos advertencias, que voy à proponer. La primera, que nunca convendré en que el agua sea remedio universal, como pretendia el Doctor D. Juan Vazquez Cortes, gran defensor, y práctico exercitadísimo en el remedio del agua, de quien con este motivo hice memoria en los lugares citados arriba del Tomo VIII. del Theatro, y Tomo IV. de Cartas (sobre que yo en una Carta dirigida al mismo *restiti illi in faciem*), y como antes de D. Juan Vazquez resueltamente habia afirmado Federico Hoffman, con tan visible contradiccion, como atribuir en una de sus Obras esta excelencia à la agua, y en otra al vino, dos cosas tan incompatibles, como soplar, y sorber à un mismo tiempo.

57 La segunda advertencia es, que el remedio del agua en cantidad crecida pide ser administrado por Medico muy cauto, ò reflexivo, que no solo se entere bien de las circunstancias de la enfermedad, y del sugeto, mas de hora en hora atentamente observe los efectos, que sucesivamente vãn apareciendo. Pero tiempo es yá de levantar la pluma, pues yá Vmd. estará cansado de leer, como yo tambien lo estoy de escribir.

58 Dios nuestro Señor dé à Vmd. muy larga vida, juntamente con la inestimable felicidad de no necesitar del aviso de Medico alguno, para prepararse dignamente al tránsito de ella à la otra. Oviedo, y Mayo 19 de 1759.

APENDICE.

Stando para dar à la prensa esta Carta, con otras, que no considero totalmente inútiles, de que se compondrá el V. Tomo, de las que, por honrarlas, apellido *Curiosas*, y *Eruditas* (que no hay padre, que no procure la honra de sus hijos), con ocasion de la esperanza, que al num. 47 de la presente propongo, de que en adelante se descubrirán algunos especificos, hasta ahora ignorados, me

ha ocurrido dar aquí noticia de uno para el mal de Piedra, así de los riñones, como de la vexiga, que aunque no es totalmente ignorado, pues en uno, ò otro Libro se hace memoria de él, parece, que su uso, no sé porqué, es rarísimo, ò casi ninguno. El omniscio, *in re Medica*, Boerhave tratando del calculo, solo prescribe el regimen conveniente, y remedios genericos, como laxantes, emolientes, oleosos, diuréticos, &c. desconfiando de qualesquiera especificos: *Neque enim de specificis (dice) hactenus vera fides*. En varios Escritos modernos se vé, que en Inglaterra, Francia, y otros Reynos se ha practicado algo, y hablado mucho del que en el siglo en que estamos, inventó la Inglesa Madama Stephens, sin hacer, à lo que yo entiendo, memoria de otro. Diósele bastante estimacion à los principios; mas yá esta se vá perdiendo, sino se ha perdido del todo, habiendo publicado varios Medicos que le han experimentado inutil, y en muchas ocasiones pernicioso; asegurando, que quando deshace la piedra, substituye al daño, que esta hace en el cuerpo, otro mucho mayor.

El especifico, pues, que propongo para el mal de Piedra, es la *Betula*, arbol nada exótico, muy semejante al Alamo negro, en las hojas, y en el tronco al Alamo blanco: y el motivo de proponerle es haber visto, que en este Pais, donde poco há se ha introducido, muchos calculos, que usan de él, dicen maravillas de sus buenos efectos. De los Autores, que tengo en mi Librería, hablan de él Etmulero, Juan Doleo, y los del Diccionario de Trevoux, &c. todos conformes, en que el xugo, que por incision se saca de su tronco en la Primavera, tomando un vaso por la mañana en ayunas, es el que obra esta curacion. Pero en este Pais de Asturias, donde hay bastantes árboles de toda especie, como tambien en Galicia, sé de muchos, que sin mas diligencia, que cocer algunas hastillas, ò trozos de su madera en agua, y tomar de ella un vaso, por la mañana, y otro por la tarde, se han librado de esta terrible enfermedad. El nombre, que tiene aquí

este benéfico arbol, es, *Abedúl*, y en Galicia, *Bido*, ò *Bidueyro*. En Castilla se llama tambien *Abedúl*, en donde le hay.

Y yá que se habla aquí de específicos de nueva invencion, aviso à los Letores, que no se olviden de la Piedra de la Serpiente, remedio eficacísimo para la mordedura de sabandijas venenosas, y la hydrofobia, ò mal de rabia que publiqué en el II Tomo del Theatro Crítico, *discurso II*, *num.* 52, y despues confirmé en otras partes.

CARTA XXII.

*DA EL AUTOR LA RAZON,
por qué habiendo impugnado mucho sus
Escritos, ò alguna parte de ellos, res-
pondió à unos, y no à otros.*

MUY señor mio: en la que acabo de recibir de Vmd. me desplace el asunto, y estimo el motivo, que sin duda es noble; porque en el modo con que corrige aquello, en que juzga, que yerro, manifiesta su deseo, de que yo en nada sea reprehensible.

2 Díceme Vmd. que, à su parecer, ù debiera yo responder à quantos me han impugnado, ò à ninguno. La razon, que me dá, es, porque respondiéndole à unos, y no à otros, di ocasion à la sospecha, de que esta distincion procedió, de que tenia que responder à aquellos, y no à estos; ò que me di por convencido de estos, y no de aquellos. ¡Ah, señor mio! Los que puedan formar esa sospecha, muy lexos viven de la República Literaria; pues aun los que solo tocaron sus confines, saben muy bien, que en todo el amplísimo espacio de la Literatura no hay cosa más facil, como impugnar agenos Escritos, y responder,

de-

defendiendo los propios. Para esto, no hay quien no presume ser bastantemente hábil. De aquí viene meterse à Escritores algunos, que nada son más, que meros escribientes. De aquí viene salir al público, con capa de crítica, algunos impresos, donde es un borron cada letra, sin que haya alguno tan desdichado, que no halle muchos, que le aplaudan.

3 La facilidad, que hay en impugnar, y responder, ò hablar, y escribir, de modo, que no disuene uno, ni otro, se hace palpable à qualquiera, que frecuente las Aulas, aunque solo sea pisando los vestibulos; porque allí vé, que ningun Profesor, ò Cursante hay tan corto, que no argumente; ni ninguno tan atado, que no responda: se entiende, bien, ò mal; porque en esto hay, entre distintos sugetos, segun su mayor, ò menor habilidad, y ciencia, mucha discrepancia, desde el más capaz, que es aquel, que, v. gr. defendiendo, dá una satisfaccion clara, y cabal al argumento, hasta el más rudo, que no hace más que embrollar, y meter bulla, con una bárbara gregueria, à quien dá nombre de *respuesta*.

4 Atendido lo dicho, conocerá Vmd. que no habrá salido à luz algun papelon de mis contrarios, de que yo no pudiese desembarazarme à muy poca costa, dexando al Público bastantemente satisfecho. No negaré, que pudo suceder hallar uno, ù otro en mis Escritos, alguna, ò algunas proposiciones no bien consideradas, cuya incertidumbre acaso claramente demonstrase. ¿Pero qué le parece à Vmd.? Eso sería lo que menos cuidado me diese; porque, lo que haría en ese caso, sería confesar llanamente mi inadvertencia, ò equivocacion, como lo executé, por lo menos dos veces, aun siendo el Autor de una de las dos impugnaciones sugeto, que por ningun capitulo merecia alguna respetosa, ni aun cortesana condescendencia. Y sé que à los hombres de razon pareció mejor esta sinceridad mia, que les parecería, el que eludiese las dos objeciones con algunas trampaclas, ò sofisterias las más ingeniosas del mundo.

Es-